

JENNY HAN
SIOBHAN VIVIAN

Mentiras que ardern

CROSS
BOOKS

SECRETOS
Y MENTIRAS 2

JENNY HAN
SIOBHAN VIVIAN

*Mentiras
que
arden*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Fire with Fire*
© del texto: Jenny Han y Siobhan Vivian, 2013
Publicado de acuerdo con Folio Literary Management, LLC e International Editors & Yáñez' Co. Literary Agency

© de la traducción: Pura Lisart (Prisma Proyectos, S.L.), 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-08-30867-6
Depósito legal: B. 15.951-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Lillia



No me decidía por qué ponerme. Al principio, había pensado en un conjunto casual, como unos vaqueros y una camisa de vestir. Pero, después, me lo pensé mejor: debería ponerme un vestido por si acaso estaban sus padres, algo sombrío, como el gris con escote combinado con un cinturón fino. Aunque eso parecía más bien un modelito para un funeral, así que probé con una camisola color caléndula, pero era demasiado primavera, demasiado alegre.

Una campana alerta de la apertura de las puertas del ascensor y salgo al pasillo. Es lunes por la mañana, temprano, una hora antes de que empiece el instituto. Llevo una cesta de mimbre llena de galletas con pepitas de chocolate recién horneadas y una tarjeta cubierta de marcas de besos rosas y rojas. Me he puesto un jersey de cuello alto color azul marino, una minifalda cámel, medias color crema y unos botines de ante marrón con tacón. Me he rizado el pelo y me he hecho un semirrecogido.

Con suerte, no pareceré tan culpable como me siento.

Por lo menos, no ha sido tan horrible como podría haber llegado a ser, o eso es lo que me repito constantemente. Desde luego, aquella noche no tenía muy buena pinta. De he-

cho, se mascaba la tragedia. Nunca olvidaré ver a Reeve caer del escenario convertido en un bulto retorcido. No obstante, no sufrió daños medulares, solo unas cuantas magulladuras y una rotura de peroné. No es lo ideal.

Le habrían dado el alta antes de no ser porque en el hospital quisieron hacerle un montón de pruebas para asegurarse de que no hubiera sufrido un ataque al corazón. Por lo que tengo entendido, no le hicieron ningún test de drogas. Yo estaba segura de que se lo harían, pero a Kat no le cabía duda de que no se molestarían en realizárselo a una persona como él, un deportista. Nadie sabe que le puse éxtasis en la bebida. A Reeve no lo van a expulsar y yo no iré a la cárcel. Y hoy le dan el alta.

Supongo que los dos nos hemos librado de una buena.

Por fin retomaremos la normalidad, aunque no me quede claro cómo será a partir de ahora. Después de todo lo que ha pasado este año, no sé si volveré a sentirme normal, ni siquiera sé si quiero. Es como si hubiera una Lillia anterior y otra posterior. La versión anterior no tenía la menor preocupación, no se enteraba de nada. Ella no podría haber soportado esto, no habría sabido qué hacer. Ahora soy mucho más fuerte, ni tan frágil, ni de un blanco inmaculado. Ya no soy la chica de la playa. Todo aquello cambió en el momento en el que conocimos a esos tíos.

Antes, me daba miedo marcharme de Jar Island, separarme de mi familia y de mis amigos. Ahora, en cambio, pienso que el año que viene, cuando vaya a la universidad, nadie conocerá mi versión anterior ni la posterior. Solo a Lillia.

La mujer de recepción me sonríe.

—¿Vienes a ver a la estrella del fútbol americano? —pregunta.

Yo le devuelvo la sonrisa y asiento.

—Está al final del pasillo.

—Gracias —le digo. Después, pregunto—: ¿Hay alguien con él?

—La chiquilla castaña esa tan mona —me contesta mientras me guiña un ojo.

Rennie. Creo que no se ha apartado de su lado desde el sábado por la noche. La he llamado dos veces, pero no me ha contestado. Seguro que aún sigue molesta porque me escogieran reina del baile a mí en vez de a ella.

Recorro el pasillo mientras aprieto la cesta y la tarjeta. Odio los hospitales, desde siempre. Las luces fluorescentes, los olores... De pequeña, intentaba aguantar la respiración todo lo que podía. Ahora ya no me gusta ese juego.

Cuanto más me acerco a su habitación, más rápido me late el corazón. No puedo escuchar nada más que el retumbar de las palpitaciones y el repiquetear de los tacones en el suelo de linóleo.

Estoy delante de su habitación. Tiene el nombre escrito en la puerta. Está cerrada, excepto por una rendija. Dejo la cesta en el suelo para poder llamar y, entonces, escucho la voz de Reeve, insolente y ronca.

—Me da igual lo que digan los médicos. Es imposible que vaya a tardar tanto en recuperarme. Estoy en una condición física óptima, volveré al campo en un abrir y cerrar de ojos.

Ella lloriquea.

—Se lo demostraremos, Reeve.

Alguien pasa a mi lado. Una enfermera.

—Perdona, cielo —dice con alegría, y abre la puerta de par en par. Luego corre la cortina que divide la habitación por la mitad y desaparece al otro lado.

Y ahí está Reeve, con un camisón de hospital desgastado. No se ha afeitado, así que muestra una barba incipiente

y ojeras marcadas. Lleva un gotero en uno de los brazos y tiene una escayola enorme en la pierna que le abarca desde el pie hasta el muslo. Tiene los dedos de los pies morados e hinchados, por lo menos la parte que asoma por la escayola. También tiene los brazos llenos de cortes y de costras, seguramente por los cristales rotos que nos cayeron encima. Algunas de las heridas más grandes están cosidas con fino hilo de sutura negro. Es raro, pero tendido en la cama del hospital parece muy pequeño. No parece él.

Rennie tiene los ojos rojos y los entrecierra en cuanto me ve.

—Eh.

Yo trago saliva y levanto la tarjeta.

—Es de parte de las chicas del equipo. Todas... te desean que te mejores. —Entonces me acuerdo de las galletas. Me acerco para darle la cesta a Reeve, pero cambio de idea y la dejo sobre la silla que hay junto a la puerta—. Te he preparado galletas. Con pepitas de chocolate. Creo recordar que el año pasado, cuando las llevé al mercadillo solidario, te gustaron.

¿Por qué no dejo de hablar?

Reeve se seca los ojos a toda prisa con la sábana.

—Gracias, pero no como comida basura durante la temporada de fútbol —contesta con voz ronca.

No puedo evitarlo. Le miro la escayola.

—Es verdad. Perdona.

—Está a punto de llegar el médico para darle el alta —interviene Rennie—. Creo que deberías irte.

Noto que me sonrojo.

—Ah. Claro. Que te mejores, Reeve.

No sé si me lo estoy imaginando, pero, cuando me mira por encima del hombro de Rennie, creo que veo odio en sus ojos. Entonces, los cierra.

—Adiós —se despide.

He recorrido la mitad del pasillo cuando por fin me detengo y respiro. Me tiemblan las rodillas. Aún sostengo la tarjeta con fuerza entre las manos.

Kat



—Ha muerto —anuncio mientras apoyo la cabeza en el volante—. Ha estirado la pata.

Pat, mi hermano mayor, se limpia las manos con un trapo sucio.

—Kat, deja de ser tan dramática y vuelve a girar la puta llave.

Obedezco. Intento arrancar el motor de nuestro descapotable. No ocurre nada. Ni un sonido, no ruge. Nada.

—Esto es absurdo.

Lo digo porque, aunque Pat sabe lo que se hace con cualquier tipo de motor, esta chatarra no tiene salvación. Necesitamos un coche nuevo o, por lo menos, que se manufacturara en esta puta década. Me apeo y cierro la puerta con tanta fuerza que tiembla todo el vehículo. Lo último que me faltaba era tener que ir andando al insti todo el invierno y quedarme hecha un puñetero témpano de hielo. O peor aún: tener que coger el autobús. ¿Hola? Que soy de último año.

Pat me lanza una mirada asesina y vuelve a centrarse en el motor. Tiene el capó abierto y está inclinado entre los faros del coche. Lo rodean varios amigos suyos, que lo observan mientras se beben las cervezas de nuestro padre. Su forma

favorita de pasar la tarde del lunes. Pat le pide a Skeeter una llave inglesa y empieza a darle golpecitos a algún cachivache metálico con ella.

Me acerco a mi hermano por detrás.

—Quizá sea la batería —comento—. Creo que antes de que me dejara tirada se apagó la radio.

Fue esta tarde. He decidido saltarme la octava hora e ir a casa de Mary. Quería ver cómo estaba, porque no la he visto por los pasillos. Seguro que sigue demasiado afectada por lo que pasó en el baile como para venir al instituto. Le aterraba que Reeve estuviera herido. Pobrecita. Sin embargo, no llegué muy lejos. El coche se fastidió justo en el aparcamiento del insti.

Lo primero que pensé fue: «¿Será el karma?».

Joder, espero que no.

Pat se da la vuelta para agarrar otra herramienta y casi me tira al suelo de culo.

—Dios, ¿te relajas un poco? Fúmate un cigarro o algo.

Digamos que he estado un poco tensa estos últimos días. A ver, ¿cómo no iba a estarlo después de lo que ocurrió en el baile de bienvenida?

No se me habría ocurrido ni en un millón de años que vería cómo arrastraban a Reeve en una camilla hasta una ambulancia. Queríamos que lo echaran del equipo de fútbol por haberlo pillado puesto hasta las cejas, no que acabara en el hospital.

Me vuelvo a recordar que lo que sucedió en el baile no fue culpa nuestra, que el incendio lo provocó un fallo eléctrico. Incluso lo ponía en el periódico de hoy. Así que no hay más. Reeve se asustó y se cayó del escenario por culpa de las explosiones, no de las drogas que le echó Lillia en la bebida. Los hechos son los hechos.

Y, sinceramente, en realidad, el incendio fue una bendi-

ción encubierta. Está claro que no mola que haya habido heridos. Un montón de chavales acabaron con puntos por los cristales rotos que les cayeron encima, uno de noveno se quemó el brazo con las chispas y uno de los profesores más mayores inhaló humo. Aun así, el fuego nos salvó de que nos quemaran en la hoguera... literalmente. La lesión de Reeve no ha sido más que otro daño colateral causado por el caos. Después de todo lo ocurrido, es imposible que recuerde que Lillia lo drogó.

Por lo menos, eso es lo que no paro de repetirle a ella.

Pat alza la varilla para enseñársela a sus amigos y todos niegan con la cabeza como si fuera una desgracia.

—Madre mía, Kat. ¿Cuándo fue la última vez que cambiaste el aceite?

—Pensaba que eso era cosa tuya.

—Es mantenimiento básico del coche.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Me has cogido el tabaco?

—Me habré fumado uno o dos cigarros —declara con inocencia.

Pat señala el banco de trabajo. Voy a por la cajetilla y, cómo no, me encuentro con que mi paquete recién comprado está vacío. Se lo lanzo a la cabeza.

—¿Quieres que te lleve a la gasolinera? —me pregunta Ricky con el casco en la mano—. Tengo que llenar el depósito de la moto.

—Gracias, Ricky.

Mientras salimos del garaje, me coloca la mano en la parte baja de la cadera. Al instante, me acuerdo de Alex Lind en el baile de bienvenida, de cómo guio a Lillia para sacarla del caos, como un caballero. Ojalá no hubiera tenido que verlo. Tampoco es que esté celosa ni nada de eso. Es solo que esas cursiladas me dan dolor de estómago. Me pregunto si fue

por simple educación o si estará colado por ella. Como si me importara. Cuando me subo a la moto de Ricky, me pego a él todo lo que puedo, tanto que acabamos prácticamente abrazados.

Gira la cabeza y me dice en voz baja:

—Me estás matando. Lo sabes, ¿verdad?

Después, se baja el cristal del casco.

Veo mi reflejo en él y la verdad es que estoy buenísima. Le guiño un ojo y le lanzo una mirada inocente.

—Arranca —le ordeno, y él hace que ruja el motor.

La verdad es que puedo conseguir a cualquier tío que quiera. Incluido Alex Lind.

El sol se pone en el cielo gris y las carreteras están vacías. Así son las cosas en Jar Island cuando llega el otoño. Desaparece más de la mitad de la población, que solo viene en verano. Puede que haya unos cuantos turistas frikis del follaje otoñal y esos rollos, pero en general está desierto. Un montón de restaurantes y tiendas ya han cerrado porque ha acabado la temporada. Es deprimente. Me muero de ganas de que llegue el año que viene para vivir en otro sitio. Con suerte, en Ohio, espero que en una bonita residencia de Oberlin. Pero me conformaría con cualquier parte, siempre y cuando no fuera Jar Island.

Mientras Ricky le echa gasolina a la moto, yo me compro un paquete de tabaco. Fumar es muy caro. Debería dejarlo y ahorrar para la universidad. Cuando salgo, distingo la gran colina que lleva a Middlebury. A casa de Mary.

—Oye, Ricky, ¿tienes prisa por volver?

Me sonrío.

—¿Dónde vamos?

Le indico el camino. Nadie contesta a la puerta, ni siquiera la loca de su tía. Hay un montón de correo asomando por el buzón y el césped está más descuidado que el pelo de *Shep*.

Recorro un lado de la casa y encuentro una piedra que lanzar al segundo piso. Las luces de la habitación de Mary están apagadas, y las cortinas, echadas. Observo las otras ventanas en busca de señales de vida. Todas están a oscuras. La casa tiene un aspecto..., bueno, espeluznante. Suelto la piedra y dejo que caiga al suelo.

Ojalá pudiera hablar con Mary aunque fuera solo un segundo para tranquilizarla. No debería sentirse culpable por lo que ha pasado. Ese cabrón se ha llevado su merecido, simple y llanamente. Espero que, ahora que ya hemos completado nuestro plan de venganza y todo ha quedado atrás, Mary pueda seguir con su vida y no malgaste ni un segundo más en Reeve Tabatsky.